



SERIE TIEMPO DE BUSCAR

Acabemos bien



**Cómo aceptar con gracia
los cambios de la vida**

CONTENIDO

Acabemos bien	2
Cómo lidiar con los cambios con gracia	5
El deterioro físico	6
<i>La desilusión vocacional</i>	10
<i>Los cambios familiares</i>	13
<i>La jubilación</i>	17
<i>La muerte del cónyuge</i>	22
<i>La pérdida de la independencia</i>	24
<i>La planificación del legado</i>	26
<i>La evaluación del desempeño</i>	27
Un rey piadoso que no acabó bien	30
Un antiguo fariseo que acabó bien	31
Su propia historia	32

ACABEMOS BIEN

Cómo aceptar con gracia los cambios de la vida

Los últimos años han sido difíciles para la Iglesia, no por causa de amenazas externas, sino debido a una gran deserción moral y espiritual en nuestras filas. Nunca ha habido un mejor momento para levantar a aquellos que han caído en la distracción, desilusión o desesperación. Nunca ha habido un mejor momento para acordarnos de la importante meta de acabar bien.

Yo agradezco al señor Herb Vander Lugt, escritor de RBC experto en investigaciones, su propio ejemplo y la sabiduría que resume para nosotros en las páginas siguientes.

Martin R. De Haan II

ACABEMOS BIEN

Acabar bien es la manera correcta de un cristiano de cerrar el capítulo final del libro de la vida. Da testimonio de la realidad de su fe. Deja a los que quedan un legado de recuerdos inspiradores.

La gente se impresiona profundamente cuando ve a un creyente piadoso acabar la vida con calma, dignidad y gracia. Recuerdo cuánto nos conmovimos muchos de nosotros con lo que hizo la señora de Richard Neis cuando se enteró de que sólo le quedaban unas cuantas semanas para vivir. Hizo una fiesta para sus amigos y parientes en la que nos dijo adiós alegremente y expresó que tenía muchas ganas de estar con Cristo. Ella acabó la vida bien.

Sin embargo, esta preocupación por acabar bien no se limita a los ancianos. Es una pasión de los sabios mucho antes de que digan

adiós. Nadie que piense con claridad quiere dejar este mundo de mala manera. Nadie quiere que lo recuerden como un tonto que apostó a la vida sin pensar en el futuro.

Debemos darnos cuenta de que sólo podemos garantizar que vamos a acabar bien por las decisiones que tomemos hoy. Tenemos que vivir cada día como si fuera el último . . . porque podría serlo. Hace poco conduje los servicios funerales de dos hombres jóvenes que murieron con 30 horas de diferencia. El primero, de 39 años, esposo y padre de tres niños, sufrió un fatal ataque al corazón en el cuarto de un motel donde estaba con su esposa y sus hijos. Quienes lo conocíamos damos gracias por el tipo de persona que era cuando Dios lo llamó al hogar celestial. Era un esposo amante, un buen padre, fiel cristiano, trabajador respetado y un amigo encantador.

El otro, de 19 años de

edad, murió en un accidente industrial. Cuando murió era un creyente piadoso, hijo y nieto afable, amable hermano mayor y tierno novio de la chica con la que pensaba casarse. Ambos hombres acabaron bien porque estaban viviendo bien.

Por tanto, acabar bien concierne tanto a jóvenes como a viejos. El final de la vida puede llegar inesperadamente. A partir de la niñez, los que creemos en Cristo tenemos un profundo deseo de ser recordados como buenas personas. Y la única forma de asegurar que nos van a recordar de esa manera es viviendo bien ahora mismo.

Muchos creyentes que acabaron bien vivieron bien desde el principio de su experiencia cristiana. Conservaron un buen matrimonio, tomaron en serio la crianza de sus hijos, sirvieron al Señor fielmente, y no dejaron de crecer espiritualmente. Ya sea

que hayan muerto temprano o tarde en la vida, acabaron bien.

Sería fantástico que todo cristiano viviera así, pero ese no es el caso. Algunos caen en una crasa inmoralidad a mitad del camino de la vida. Otros pasan por un asqueroso divorcio. Algunos libran una batalla con el alcoholismo o los deseos homosexuales y no siempre ganan. ¿Qué podemos decir de esas personas? ¿Deben concluir que han metido la pata? ¿Que nada podrá borrar los fracasos del pasado? ¿Que no pueden acabar bien? ¡Claro que no! Tanto la Biblia como la experiencia nos muestran que la gente puede acabar bien incluso después de un gran fracaso.

Piense en el rey Manasés (2 Reyes 21; 2 Crónicas 33). Cuando sucedió a su padre, el rey Ezequías, como rey de Judá, estaba involucrado en la brujería, asesinó a quienes le caían mal, y sacrificó niños al

ídolo Moloc. Pero hacia el final de su reinado de 55 años, se arrepintió. Hizo todo cuanto pudo para borrar el daño que había causado y murió en paz con Dios. Acabó bien.

Sé de un hombre que acabó bien incluso después de arruinar su vida por medio del fracaso moral. Cuando tenía casi 60 años, después de vivir una vida cristiana ejemplar, tuvo una aventura amorosa, se divorció de su esposa, y se casó con una mujer más joven. Destrozó muchos corazones, avergonzó a sus hijos, y desilusionó a sus nietos. Su nueva vida no le dio el gozo que esperaba. A la larga se arrepintió. No pudo volver a casarse con la esposa a la que había hecho daño, pero sí tuvo tiempo para ganarse de nuevo el respeto de sus familiares y amigos antes de morir.

Chuck Colson cuenta de la conversión y los últimos días de Rusty Woomers, un prisionero condenado a la pena de muerte.

Profundamente arrepentido por lo que había hecho, Rusty se reunió con algunos de los seres queridos de las personas a quienes había asesinado para expresarles su tristeza y pedirles perdón. De sus propios seres queridos se despidió muy conmovedoramente y fue a la silla eléctrica con gracia.

Aunque ni Manasés ni el señor de casi 60 años ni Rusty dejaron un legado igual al de la gente que nunca cayó en pecado, los tres pasaron sus últimos días en comunión con Dios y murieron en paz. Nunca es demasiado tarde para el arrepentimiento y la restauración.

No interprete esto como una invitación para vivir descuidadamente. Los cristianos que creen que se pueden arrepentir después no tienen ninguna garantía de que van a poder darse ese lujo. Además, se perderán el gozo que viene de una estrecha relación con Dios, dejarán

atrás recuerdos que no inspirarán a nadie, y enfrentarán la perspectiva de sufrir pérdidas en el tribunal de Cristo.

Independientemente de dónde se encuentre usted en el camino de la vida, éste es el momento de vivir bien para que pueda acabar bien.

CÓMO LIDIAR CON LOS CAMBIOS CON GRACIA

Lo bien que acabemos nuestros días terrenales depende en gran manera de lo bien que lidiemos con los cambios inevitables de la vida.

Avanzamos de los pañales a la niñez, a la adolescencia, a la edad adulta. De adultos, pasamos rápidamente por los cambios de la soltería al matrimonio, de ser padres a ser abuelos, de avanzar en el trabajo hasta llegar a la cima, a empezar a descender.

Nuestras relaciones cambian. Nuestros padres, tíos y otros miembros de su generación envejecen y mueren. Nuestros hijos crecen y se van de la casa. Las personas de nuestra generación nos dejan uno a uno. Sabemos que nuestra propia muerte no está muy lejos.

El escritor de himnos Henry F. Lyte mostró gran discernimiento cuando escribió: «Cambio y deterioro es lo que veo a mi alrededor. Oh Tú que nunca cambias quédate en mi interior.» Para acabar bien debemos lidiar con estos cambios con gracia y confianza. En las páginas siguientes consideraremos ocho de las áreas en las cuales debemos hacer ajustes mentales y espirituales a medida que recorramos el camino de la vida:

1. El deterioro físico
2. La desilusión vocacional
3. Los cambios familiares
4. La adaptación a la jubilación

5. La preparación para la muerte del cónyuge
6. La pérdida de la independencia
7. La planificación del legado
8. La evaluación del desempeño

EL DETERIORO FÍSICO

Cuando mi esposa y yo celebramos nuestras bodas de oro, muchas de las personas que asistieron a nuestra celebración dijeron: «Caray, ustedes no han cambiado.» A nosotros nos gustó escuchar eso, pero sabíamos que no era verdad. En la foto de bodas, yo tenía el pelo ondulado y pesaba 63 kilos. ¡Ya no! Todavía nos veíamos bastante jóvenes en las fotos que nos tomamos en los años 50. Pero no tanto como en 1941. Los años no han pasado en vano, aunque no sólo para nosotros. Notamos que las personas que conocimos en nuestra juventud también se veían más viejas.

A menudo escucho decir a personas que tienen setenta y ochenta y pico de años: «Yo no me siento viejo.» Yo también lo he dicho. Pero no podemos negar el hecho de que nos estamos deteriorando físicamente, ni siquiera los que tenemos buena salud. Por mucho que corra cuando le pego a la bola en un juego de softball, me toma mucho tiempo llegar a primera base. Puedo lanzar una bola con todas mis fuerzas, pero la misma viaja haciendo un arco. A la mañana siguiente de hacer mucho esfuerzo físico ando buscando una aspirina. Y me considero bendecido de poder funcionar tan bien como lo hago. Muchos de mis amigos que tienen más o menos mi edad no pueden desenvolverse muy bien.

Es innegable que comenzamos a deteriorarnos físicamente a la edad de 30 años. Yo tengo tres sugerencias bíblicas que hacer que a mí me han ayudado a lidiar con el

deterioro físico: (1) reconózcalo con gratitud y responsabilidad, (2) viva un día a la vez, y (3) manténgase razonablemente activo.

I. Acepte el deterioro físico con gratitud y responsabilidad.

Envejecer no es una desgracia. Lucir más viejo no tiene que ser humillante. Tener limitaciones no debe considerarse algo vergonzoso. La Biblia dice que llegar a la vejez es una bendición. Dice de Abraham cuando tenía 175 años: «Y exhaló el espíritu, y murió Abraham en buena vejez, anciano y lleno de años, y fue unido a su pueblo» (Génesis 25:8). Roboam, un rey de Israel, cometió un grave error cuando ignoró el consejo de sus consejeros ancianos (1 Reyes 12). A la gente mayor se les llamaba «ancianos» en Israel (Josué 24:31). Debían ser respetados (Levítico 19:32) y considerados sabios (Job 12:12). El pelo canoso es la «hermosura» del anciano

(Proverbios 20:29). Por tanto, deberíamos considerar cada año más de vida como un regalo de Dios y una razón para estar agradecidos.

A más años, por supuesto, mayor responsabilidad. Nuestro deterioro físico no reduce nuestra capacidad de servir al Señor. Pablo le escribió a su joven amigo Tito que enseñara a los hombres y mujeres mayores a ser una ayuda espiritual para los jóvenes de la asamblea (Tito 2:1-4).

Los ancianos han de ser (1) *sobrios*: racionales, moderados, sensibles en su manera de pensar, hablar y actuar; (2) *serios*: dignos en su comportamiento y serios en asuntos espirituales; (3) *prudentes*: que sepan vencer el mal genio, las pasiones y las debilidades; (4) *sanos en la fe*: saludables espiritualmente y ejemplos a los jóvenes en la manera como deben confiar, amar y sobrellevar las cosas.

La responsabilidad de las ancianas se presenta de la manera siguiente: «*Las ancianas asimismo sean reverentes en su porte; no calumniadoras, no esclavas del vino, maestras del bien; que enseñen a las mujeres jóvenes . . .*» (Tito 2:3,4).

Las ancianas han de ser: (1) *reverentes*: tener tal reverencia hacia Dios y las realidades espirituales que no puedan ser adictas al alcohol ni al chisme; (2) *maestras del bien*: enseñar a las mujeres jóvenes que amar a sus maridos y a sus hijos es un elemento indispensable en sus vidas.

Llegar a la vejez es una bendición de Dios. Pero debemos envejecer sin llegar a ser gruñones, tercos y desagradables. Como creyentes, deberíamos desear ser la clase de personas que Pablo describió en este pasaje. El momento para que empiece este crecimiento espiritual es ahora mismo. A medida que

usted se deteriore físicamente, puede ir en la dirección contraria espiritualmente y estar preparado para enfrentar el desafío de Tito 2:1-4 cuando llegue a la etapa donde la palabra «mayor» o «anciano» se aplique a usted.

2. Viva un día a la vez.

Un segundo elemento para lidiar con el deterioro físico es vivir un día a la vez. Es cierto que Jesús manda esto a todo el mundo, pero es especialmente importante para los que nos sentimos declinar físicamente. Él nos dijo que no nos preocupáramos por el día de mañana, y luego concluyó con esta afirmación: «*Basta a cada día su propio mal*» (Mateo 6:34). Algunas personas aprenden a hacer esto mientras todavía son jóvenes. Conozco una enfermera que padece de un caso grave de esclerosis múltiple. Es muy consciente de lo que le espera, pues cada día se incapacita más. Pero sigue siendo alegre. Un día me dijo: «El problema

de esta enfermedad es que tarda mucho tiempo en matar a la persona. Yo estoy lista para irme ahora mismo. Pero también voy a sacar de cada día tanto gozo como pueda.» Aunque tiene que moverse en silla de ruedas y le resulta difícil hablar y tragar, todavía tiene una buena actitud y vive la vida un día a la vez.

Otra mujer que conozco luchó con una dolorosa enfermedad llamada mieloma múltiple durante unos 12 años. Los días en que el dolor estaba bajo control ella estaba alegre y era amistosa. Podía haberse preocupado por el dolor de mañana o por la muerte, pero no lo hacía. Confiaba en Dios un día a la vez y estaba hermosamente serena cuando llegó el final.

Estos son asuntos de legítima preocupación. Pero en lugar de pensar morbosamente en todas las posibilidades desagradables que nos esperan, debemos dar gracias a Dios por el día de hoy y

disfrutar lo que podamos ahora, confiándole el futuro a Él. La Biblia nos asegura que Dios proveerá lo que necesitemos para lo que Él permita. Nos ha dicho que no nos dejará ser probados sin darnos la gracia que necesitamos para pasar por ello (1 Corintios 10:13). Jesús también prometió estar con nosotros durante todo el camino (Mateo 28:20).

Honramos al Señor, damos un buen testimonio y añadimos mucho gozo a nuestros últimos años cuando obedecemos las instrucciones de Cristo de vivir la vida un día a la vez, y dejar que el mañana se ocupe de los problemas de mañana.

3. Manténgase razonablemente activo.

La tercera sugerencia práctica para lidiar bien con el deterioro físico es mantenerse razonablemente activo.

Mientras más envejecemos, más fácil es tomar el camino de menor resistencia y sentarnos. Ese es un error

grave. Pero también lo es el extremo opuesto. Algunas personas están tan decididas a pelear con los efectos de la ancianidad que toman vastas cantidades de vitaminas y tónicos, hacen del ejercicio un fetiche, y gastan grandes sumas de dinero para lucir jóvenes. Parece que creen que pueden detener el proceso de envejecimiento si se esfuerzan lo suficiente.

Pablo dijo a Timoteo que el ejercicio físico *«para poco es provechoso»* (1 Timoteo 4:8). Sin embargo, prosiguió aclarando que debemos poner énfasis al área espiritual de la vida, la cual tiene beneficios que duran para siempre. El ejercicio y la autodisciplina en el comer son meritorios. Nos ayudan a sentirnos mejor y pueden añadir unos cuantos años de buena calidad de vida a nuestro tiempo terrenal, pero eso es todo. Manténgase razonablemente activo, pero ponga un mayor énfasis a su preparación espiritual.

LA DESILUSIÓN VOCACIONAL

A todos nos gusta ser apreciados y a muchos de nosotros nos satisface mucho nuestro trabajo. Además disfrutamos de la compensación económica adicional que viene cuando avanzamos en nuestra carrera. Pero en la compleja y cambiante sociedad tecnológica de hoy, el momento cuando para muchos el progreso se detiene llega demasiado pronto. Un hombre descubre que ya no va a aprender más en su trabajo. Puede que sólo tenga cuarenta y pico de años, pero empieza a ver cómo le pasan por el lado personas más jóvenes con un adiestramiento más reciente. Peor aún, puede que eliminen su posición y que no pueda encontrar otro lugar donde su capacitación le ayude a conseguir un empleo.

Esto le sucedió a uno de mis sobrinos, quien tiene casi 50 años de edad. No tenía la

edad suficiente para calificar para ningún tipo de jubilación. Por tanto, no le quedaba otra opción más que inscribirse en un programa de capacitación laboral y empezar de nuevo en otra comunidad.

Cuando se acerca el medio siglo, mucha gente que tiene empleos respetables y provee bien para su familia empieza a sentir que ha fracasado: «¡Lo único que he hecho ha sido vender autos! Cuando se acaben mis días de trabajo, ¿qué habré logrado?»

La gente que se toma la vida con cierto grado de seriedad —ya sean obreros no calificados, técnicos calificados, profesionales o ejecutivos— llega a un punto en el que el encanto, el idealismo y la expectativa de la juventud se sustituyen por una solemne autoevaluación. Es por eso que un calificado cirujano de 52 años de edad dijo en una entrevista por televisión que está tratando de divertirse un poco ahora

porque recibe poca satisfacción o realización de su trabajo. Todo lo que ha hecho es posponer ligeramente lo inevitable.

Un hombre que llegó a la cima en tres compañías bastante grandes me dijo que su éxito no le está dando mucho placer. Por otro lado están los de mediana edad y los ancianos que se sienten ser fracasos totales porque nunca ganaron mucho dinero ni lograron nada grande según las normas humanas.

Tanto los «exitosos e insatisfechos» como los «fracasados y frustrados» tienen que ver que nuestra verdadera valía no está en cuánto hayamos acumulado ni logrado. Los hombres y las mujeres jóvenes deben ser conscientes de dos «dragones» peligrosos: el activismo y el materialismo. El activismo dice: «Eres lo que has logrado.» El materialismo dice: «Eres lo que has adquirido o acumulado.» Tanto el

activismo como el materialismo producen desgracia y destruyen vidas.

La Biblia muestra que nuestra valía a los ojos de Dios no tiene nada que ver con el éxito que hayamos alcanzado según las normas de este mundo, ni con cuánto hayamos acumulado. Nuestra valía radica en el hecho de que Dios nos creó a Su imagen y nos dio la autoridad para gobernar la tierra y Sus representantes (Génesis 1:27-30; Salmo 8). Por tanto, cada uno de nosotros posee una dignidad y una autoridad únicas en la tierra.

El pecado nos impidió lograr todo aquello para lo cual Dios nos creó. Pero Él no nos abandonó. En la eternidad pasada decidió que en el momento adecuado, la segunda Persona de la Trinidad se convertiría en miembro de la raza humana, viviría sin pecado, cumpliría nuestro castigo muriendo en una cruz (Juan 3:16; 2

Corintios 5:21), y resucitaría de entre los muertos (1 Corintios 15:25-58). Todo creyente ha sido escogido por Dios para recibir perdón y vida eterna (Efesios 1:3-6). Esto es lo que nos da un valor tremendo a los ojos de Dios.

Puesto que los creyentes un día serán exhibidos delante de los ángeles y de todos los demás seres inteligentes como objetos del amor y la gracia de Dios (Efesios 2:6,7; 3:10,11), podemos estar seguros de que todos somos significativos . . . ya sea en la vida o en la muerte.

Este pensamiento queda expresado hermosamente en el Salmo 116:15: *«Estimada es a los ojos de Jehová la muerte de sus santos.»* La palabra hebrea que se traduce por «estimada» a veces significa «valiosa», pero también significa «costosa», algo que ha costado dolor o trabajo, como en Proverbios 12:27. Puesto que el salmista está alabando a Dios por librarlo de la muerte,

la idea de «costosa» cabe mejor en este contexto. La muerte de un creyente consagrado es costosa para Dios porque Él pierde en el servicio terrenal a una persona que escogió desde la eternidad, perdonó por medio de la muerte del Hijo, cambió a través del nuevo nacimiento, y equipó con el don del Espíritu Santo que mora en ella. Es por eso que Dios no toma a la ligera el que sus hijos mueran.

Pensé en esto cuando ministraba a Cindy, una esposa y madre de 32 años que estaba muriendo de leucemia. Me sentía muy afligido por su situación. Percibía que Dios también estaba profundamente preocupado. Aquel que considera importante la muerte de un pajarillo (Mateo 10:29-31), compartía el dolor que esta joven mujer y todos sus seres queridos estaban sintiendo en ese momento. Él valoraba mucho a Cindy. Lo valora mucho a usted, y a mí.

Y el valor que nos da no tiene nada que ver con lo ricos o famosos que seamos.

LOS CAMBIOS FAMILIARES

Otra área de cambio a la que nos tenemos que adaptar es la familia. Para un niño que crece en un hogar tradicional, la palabra familia significa mamá, papá, hermanos y tal vez una mascota. En esta etapa de la vida, los niños no pueden concebir que nadie ocupe el lugar de aquellos con quienes viven ahora mismo. La imagen de mamá, papá y los niños sentados alrededor de una mesa despierta nuestras emociones.

Pero hasta en el mejor de los hogares, las relaciones cambian constantemente. Los hijos se vuelven poco a poco más autosuficientes e independientes, y los padres deben aprender a darles más y más libertad. Al poco tiempo, los hijos dejan a mamá y papá para establecer nuevas

familias. Los padres se convierten en abuelos. Antes de estar dispuestos a considerarse personas de mediana edad, los dos se hallan solos de nuevo. Tienen sentimientos mezclados. Por un lado, se alegran de haber superado las pruebas y tribulaciones de criar hijos. Por el otro, extrañan la emoción y la acción de los años en que los hijos estaban en casa. Es triste decirlo, pero es en este momento cuando los matrimonios se agrian y se rompen algunas relaciones entre padres e hijos. Lo sabio es prepararse para este momento mucho antes de que llegue.

La relación matrimonial. Una pareja de esposos, incluso cuando los hijos son pequeños, hace bien en dar la más alta prioridad a sus responsabilidades mutuas. Por medio del matrimonio se han hecho «una sola carne», unión que Dios desea dure toda la vida. Los hijos un día

harán exactamente lo que ellos hicieron: dejar a mamá y papá y establecer un nuevo hogar. La pareja no debe permitir que los hijos echen a perder la relación entre ellos.

El amor autosacrificatorio y la sumisión mutua que ordena Efesios 5:22-33 son muy importantes durante los primeros años de la crianza de los hijos. Como pastor he visto muchas parejas que pierden la cercanía entre ellos cuando uno de los dos se siente desplazado a un segundo lugar por los hijos. A veces las madres están tan deseosas de que sus hijos las amen que demuestran abiertamente falta de respeto a sus esposos. Otras veces los padres están tan deseosos de tener una buena relación con sus hijos que crean un conflicto de «nosotros» contra «ellas» (las madres y hermanas). En esas situaciones, es probable que el matrimonio tenga problemas cuando los hijos se vayan de la casa.

Hace algún tiempo, mi esposa y yo nos animamos tremendamente cuando vimos a muchas parejas jóvenes comprando juntas con sus hijos pequeños. Vimos a nuestro alrededor esposos y esposas jóvenes exhibiendo su unión y compartiendo la responsabilidad de cuidar a los hijos. Mi esposa dijo: «Estas personas se van a seguir amando cuando lleguen a nuestra edad.»

Los años traen cambios a todos los matrimonios. La relación sexual no será lo que fue una vez. Pero eso es normal y debe aceptarse como tal. Los hombres que compran manuales sexuales o tratan de estimular el deseo sexual mirando libros y películas pornográficas cometen un grave error. Lo que hay que hacer es evitar pensar mucho en la declinación sexual. Cuando los esposos se comunican, se tratan mutuamente con amabilidad, desarrollan intereses comunes

y oran juntos, casi siempre van a tener una vida sexual satisfactoria . . . ¡incluso en los años de la tercera edad!

La relación entre padres e hijos. Las calcomanías que se colocan en los parachoques de los autos envían mensajes ampliamente divergentes acerca de las personas mayores y su descendencia. Algunos dicen: «Me encanta ser abuelo» o «La felicidad es ser abuelo». Otros dicen: «Estoy gastando la herencia de mis hijos». Muchas personas mayores disfrutaban tanto a sus hijos adultos y a sus nietos que dicen que es mejor que cuando ellos estaban criando hijos. Una vez le dije en son de broma a una atractiva señora de 65 años que le iba a buscar un esposo. Ella se dio la vuelta muy seria y me contestó: «Gracias, pero no estoy buscando esposo. Tengo una relación tan maravillosa con mis hijos y nietos que no quiero correr el riesgo de

perderla.» Sin embargo, un hombre de 80 años me dijo con bastante amargura: «No les importo a mis hijos. Sólo esperan que me muera para poder agarrar mi dinero.»

Entre los cristianos, la relación debe ser maravillosa. Los adultos que obedecen el mandamiento de honrar a sus padres se mantienen en contacto con ellos. Los padres que son sabios se dan a querer haciendo todo lo posible para evitar meterse en lo que no les importa ni ser dominantes. Aman a sus nietos, pero no violan la autoridad de los padres.

He observado que muchas viudas ancianas son ignoradas por sus hijos, sobre todo cuando viven en un asilo de ancianos. Tal vez los hijos disfrutan más visitar a los padres que todavía viven juntos en una casa. Quizás razonen que su madre tiene muchos compañeros y amigos donde está viviendo. Cualquiera que sea la razón,

está mal. Las madres y abuelas por lo general quieren estar cerca de sus descendientes. Ignorarlas es desobedecer las Escrituras y establecer un patrón que probablemente se transfiera a la siguiente generación. Los hijos que ven a sus padres mostrar amor y respeto a los abuelos casi con certeza van a hacer lo mismo cuando crezcan.

La bendición de Dios está en las familias que practican la sumisión mutua, el amor y el respeto profundo. Pablo dejó esto implícito en su pasaje clásico que trata de las relaciones familiares: Efesios 5:22–6:3. Inmediatamente después de sus amonestaciones a esposos y esposas, mandó a los hijos a obedecer a sus padres en el Señor y repitió la promesa de Éxodo 20:12.

No hay nada que haga más feliz a las personas mayores que las relaciones familiares estrechas. Una pareja de la tercera edad que conozco, y

que fácilmente se puede dar el lujo de pasar el invierno en un clima cálido, me dijo hace poco que se van a quedar en casa de ahora en adelante porque disfrutan mucho estar cerca de sus hijos y nietos. Una viuda que vive en una comunidad para jubilados nos dijo a mi esposa y a mí que aunque extraña a su esposo y la casa donde vivían, está perfectamente contenta porque tiene al Señor, a sus hijos y nietos, y muchos amigos.

Yo no soy profeta, ni hijo de profeta, pero puedo predecir que los descendientes de estas personas, los que mantienen tan estrecha relación familiar, recibirán el mismo amor cuando se hagan mayores. Construir relaciones familiares ahora paga grandes dividendos en el futuro.

LA JUBILACIÓN

Otro cambio al cual debe ajustarse una persona es el tiempo libre adicional que viene con la jubilación.

Durante nuestros años de trabajo, puede que veamos a los jubilados con cierto grado de envidia. Ellos pueden jugar golf y salir a pescar todo cuanto quieran. Pueden levantarse tarde cada mañana. ¡Qué vida! Pero el hecho es que los jubilados no se sienten cómodos quedándose en cama mucho más tiempo de lo que se quedaban cuando trabajaban. Descubren que el golf y la pesca, las cuales son excelentes actividades recreativas para una persona que trabaja, no son las cosas que se disfrutaban por horas cada día. El resultado es que algunos jubilados se aburren, no se llevan muy bien con sus cónyuges, y más o menos se sientan a esperar la muerte.

Por otro lado, algunos jubilados están tan contentos que dicen que podrían hacer de la jubilación una carrera. Tienen más tiempo para sus devociones diarias. Se mantienen ocupados con proyectos en la casa. Buscan a

ver qué pueden hacer por otros. Se involucran en actividades de la iglesia. Tienen tiempo para sus hijos y nietos. Participan en estudios bíblicos. Se preguntan cómo encontraban tiempo para ganarse la vida.

Los siguientes cuatro elementos son factores clave de una jubilación feliz:

- (1) devociones significativas,
- (2) actividades amenas,
- (3) servicio útil y
- (4) una mente activa y dispuesta a aprender.

I. Devociones

significativas. Saque tiempo cada día para alimentar su alma y orar, tanto con su cónyuge como en privado. Cada persona puede determinar el tiempo, la duración y el método. Miles de jubilados usan Nuestro Pan Diario para el momento devocional que tienen con sus parejas, y una lectura más exigente para sus meditaciones privadas. Algunos hacen una lista de oración y la leen

sistemáticamente. Otros dependen de su memoria y del estímulo del Espíritu Santo en sus oraciones intercesoras.

La persona piadosa es aquella para quien *«en la ley de Jehová está su delicia»* (Salmo 1:2). Además dice: *«Oh Jehová, de mañana oírás mi voz»* (Salmo 5:3). Daniel, cuando tenía una edad avanzada y estaba lejos de su pueblo, iba a su aposento alto tres veces al día, abría las ventanas que daban a Jerusalén, se arrodillaba y *«oraba y daba gracias delante de su Dios»* (Daniel 6:10). Jesús nos dijo que *«pidiéramos, buscáramos y tocáramos»* en la oración (Mateo 7:7). Pablo nos instruyó repetidamente que oráramos (Romanos 12:12; Efesios 6:17,18; Filipenses 4:6; Colosenses 4:2; 1 Tesalonicenses 5:17; 1 Timoteo 2:1). Una vida devocional — leer la Biblia y orar — es un elemento esencial en la vida de un jubilado piadoso.

2. Actividades

amenas. Una persona jubilada también debe involucrarse en algunas actividades amenas. La Biblia no lo dice, pero sí reconoce la necesidad humana de disfrutar actividades sanas. Sólo los activos pueden descansar de verdad. Dios dio el día de reposo a Israel para que todos, ricos y pobres, hombres y mujeres, pudieran descansar de sus faenas diarias. Pero el descanso después de trabajar es muy distinto al ocio.

El autor de Proverbios advirtió repetidamente contra la pereza (6:6,9) y la negligencia (12:24). Pablo advirtió contra la ociosidad (1 Tesalonicenses 4:11; 1 Timoteo 5:13). La diversión es buena; la ociosidad, mala. La manera de disfrutar debidamente es por medio de actividades sanas. Algunas personas podrían optar por involucrarse en hacer mejoras y reparaciones a su casa. Un jubilado me dijo que él se

alegra siempre que su esposa le dice que hay una llave que gotea o algo que necesita arreglo. Otras personas escogen un pasatiempo. Hay quienes encuentran gran deleite jugando al golf, pescando o mirando eventos deportivos. Hay muchos pasatiempos disponibles incluso para personas que están confinadas a sus casas. Busque algo que usted disfrute y pase tiempo haciéndolo. Proverbios 17:22 declara: «El corazón alegre constituye buen remedio»

3. Servicio útil. El tercer elemento esencial para usar el tiempo que da la jubilación es servir a otros. Para los cristianos, esta puede ser una manera eficaz de testificar.

Conozco una señora mayor que es muy buena cocinera. Ella busca oportunidades de llevar comida a familias donde la madre está enferma u hospitalizada. Además involucra a otras mujeres cuando la situación continúa

por un tiempo. Un hombre jubilado a quien le encanta arreglar cosas ofrece sus servicios gratis a las personas mayores que ya no pueden realizar pequeños trabajos de carpintería o plomería. Un pastor jubilado de una pequeña comunidad mira la página de defunción del periódico local y escribe una carta personal a la familia expresando sus condolencias y ofreciendo consejería gratuita. Una mujer que tiene ochenta y pico de años envía notas de aliento a los jóvenes cuando se gradúan, a personas confinadas por enfermedad, a los afligidos y a los que están hospitalizados. Otra señora mayor llama por teléfono a personas que sabe se sienten solas.

Podemos utilizar nuestro tiempo de tal manera que seamos extremadamente útiles. El salmista describió la gran bendición que tienen los ancianos que aman a Dios y el fruto que dan:

El justo florecerá como la palmera; crecerá como cedro en el Líbano. Plantados en la casa de Jehová, en los atrios de nuestro Dios florecerán. Aun en la vejez fructificarán; estarán vigorosos y verdes (Salmo 92:12-15).

4. Una mente activa.

Otro elemento importante para sacar el máximo provecho a nuestros años de jubilación es mantener una mente activa. Aunque algunas personas pierden la memoria corta y sufren del mal de Alzheimer, la mayoría puede aprender todavía e incluso memorizar. Es interesante, pero la Biblia describe a muchas personas que eran lúcidas y vigorosas en la ancianidad.

Jacob, que tenía casi 150 años cuando murió, llamó a sus hijos a su lecho de muerte y elocuentemente pronunció profecías inspiradas que se relacionaban con el futuro lejano (Génesis 48–49). Moisés tenía una mente clara cuando, a la edad de 120 años, escaló

la montaña donde había de morir (Deuteronomio 34). Caleb, a la edad de 85 años, pidió que le concedieran el privilegio de dirigir la conquista militar del deseable monte que posteriormente se llamaría Hebrón (Josué 14). Daniel tenía al menos 90 años cuando, después de ser librado milagrosamente del foso de los leones, *«prosperó durante el reinado de Darío y durante el reinado de Ciro el persa»* (Daniel 6:28). Cuando nació Cristo, el anciano Simeón y la viuda Ana de 84 años reconocieron a Jesús como el Mesías prometido y hablaron conmovedoramente sobre el significado de Su venida al mundo (Lucas 2:25-38).

La idea de que los ancianos por lo general son seniles no encuentra apoyo en la Biblia ni tampoco en información recogida durante los últimos 30 años. Gran parte de lo que pasa por senilidad resulta del hecho de que a muchas personas mayores se las coloca

en situaciones donde no se espera nada de ellas. Luego de presentar una serie de historias de casos, el bien conocido Dr. William Gasser concluyó que la mayoría de las personas «seniles» se curaron cuando aceptaron las responsabilidades que les asignaron y les dieron la oportunidad de pensar creativamente.

Algunos procesos mentales sí son más lentos con los años avanzados. Los ancianos son más propensos a olvidar dónde pusieron las cosas. Y no memorizan tan rápidamente. Pero esto puede ser, en parte, debido a que no se concentran en lo que ven como algo trivial. También es posible que cuando traten de memorizar, sus mentes estén tan ocupadas con las preocupaciones y cuidados que se les haga difícil dejarlas de lado. Las personas mayores no deben dejarse dominar por el pánico cuando detectan estas tendencias. Y los jóvenes no deben concluir

rápida­mente que mamá o papá se está poniendo senil o que le va a dar Alzheimer.

Las personas mayores que desean seguir aprendiendo y que creen que pueden memorizar y recordar tienen más probabilidades de conservar la mente aguda. Los que hacen del estudio bíblico y la oración parte importante de sus vidas crecen espiritualmente. La combinación de nuevas reflexiones y recuerdos del pasado puede enriquecer todas las áreas de la vida, aumentando su capacidad de disfrutar los placeres sencillos: las vistas, sonidos y olores de la naturaleza; el parloteo y la risa de los niños pequeños; la callada compañía de los seres queridos y amigos. Esto permite a los creyentes ancianos —incluso a aquellos que tienen que soportar dolores— disfrutar mucho los últimos años. Los años de la jubilación pueden ser ricos y útiles, y pueden honrar a Dios.

LA MUERTE DEL CÓN­YUGE

Uno de los cambios más traumáticos de la vida ocurre cuando uno de los cónyuges muere. Esto puede suceder cuando somos jóvenes, pero cuando nos hacemos viejos, la probabilidad aumenta. Examinemos este solemne acontecimiento desde dos ángulos: antes y después de ocurrir.

Antes de ocurrir. Las parejas deben enfrentar el hecho de que es probable que uno de los dos muera antes que el otro. Deben prepararse hablando de los problemas prácticos que el sobreviviente tendrá que resolver. Deben ponerse de acuerdo sobre qué tipo de tratamiento médico van a usar y si van a prolongar la vida artificialmente si eso sólo pospone el proceso de la muerte. El cónyuge sobreviviente debe estar preparado, o bien para mudarse a un asilo o comunidad para jubilados, o

para seguir viviendo en la casa que compartían. Si se conversa sobre esto bien anticipadamente, es mucho menos probable que el sobreviviente se sienta culpable por optar por no tomar medidas heroicas. Si se habla abiertamente de estos asuntos prácticos, el cónyuge sobreviviente estará mejor preparado para seguir solo.

Este realismo, más la fortaleza espiritual que se obtiene por medio del estudio de la Biblia y la comunión con otros cristianos, nos prepara para lo inevitable. Cuando crecemos espiritualmente y llegamos al punto donde sabemos en nuestra experiencia que «el Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios» (Romanos 8:16), aceptaremos la pérdida de nuestro ser querido con una fortaleza que está por encima de nosotros mismos.

Después de ocurrir.

Cuando un cónyuge muere, el

sobreviviente se queda medio aturdido. Esto disminuye el dolor inmediato. Además, los parientes y amigos por lo general ofrecen mucho apoyo. La congoja se siente más unas semanas después cuando se enfrenta la realidad. El sobreviviente podría pensar que no vale la pena vivir la vida. Ese no es el momento de tomar decisiones importantes.

***Muchas personas
cometen graves
errores actuando
impulsivamente
durante este tiempo
de decaimiento.***

Muchas personas cometen graves errores actuando impulsivamente durante este tiempo de decaimiento. Un amigo mío, mayor que yo, vendió su casa móvil y se mudó con sus hijos durante el primer mes que murió su

esposa. Seis meses después empezó a extrañar a la gente que vivía en el parque para casas móviles. Pero el parque estaba lleno y no había una casa que pudiera comprar. Se mudó a una comunidad para jubilados y le gustó bastante. Pero dijo que no debió haber tomado una decisión tan grande e importante tan poco tiempo después de la muerte de su esposa.

Durante este período de ajuste, la gente puede pensar que no va a volver a disfrutar la vida. Eso, generalmente, no es verdad. El autor del Salmo 30, en un cántico personal de acción de gracias, alabó al Señor por escuchar su clamor en una época de aflicción. Se regocijó en la seguridad de que las palabras finales que saldrán de los labios de los hijos obedientes de Dios serán clamores de gozo. A la larga, todos los redimidos cantarán este cántico de alabanza en el cielo. Pero incluso aquí en la tierra, a las lágrimas que se

derramen por la noche les seguirán cánticos matutinos «... *Por la noche durará el lloro, y a la mañana vendrá la alegría*» (Salmo 30:5).

Carolyn sabía que su vida terminaría pronto, pero le aseguró a su entristecida familia que ellos «volverían a reír». Su esposo, un hombre muy sensible y amable, la extraña más de lo que las palabras pueden expresar. Pero me dice que ha vuelto a disfrutar la vida. No ha «perdido» a su esposa. Sabe dónde está y espera verla de nuevo.

LA PÉRDIDA DE LA INDEPENDENCIA

Otro ajuste que hay que hacer tiene que ver con la perspectiva de la dependencia. Cuando envejecemos es más probable que nos volvamos dependientes de los demás. El grado de dependencia varía grandemente. Algunas personas siguen siendo bastante autosuficientes hasta

que se mueren, mientras que otras viven muchos años sin poder valerse por sí mismas. No podemos predecir cuán dependientes vamos a ser, y es mejor que no lo sepamos. Dios quiere que confiemos en Él. Esto nos lleva de vuelta a la amonestación de nuestro Señor de que no nos preocupemos, porque hacerlo es mostrar falta de confianza en nuestro Padre celestial. Jesús dijo: *«Así que, no os afanéis por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su afán. Basta a cada día su propio mal»* (Mateo 6:34).

***Cuando empezamos
a necesitar la
ayuda de los demás,
nuestro orgullo
puede ser nuestro
mayor enemigo.***

De vez en cuando, la gente sabe que mentalmente se va a

despegar pronto de la realidad. Un pastor de 52 años, que renunció porque tenía principios de la enfermedad de Alzheimer, dijo que esperaba que aunque su mente se confundiera, su espíritu interior pudiera seguir en comunión con Dios. Dijo que lo lamentaba más por su esposa y su familia que por él mismo. Además, hallaba un gran consuelo en su confianza de que un día estaría en el cielo, donde sería perfecto.

Cuando empezamos a necesitar la ayuda de los demás, nuestro orgullo puede ser nuestro mayor enemigo. Por eso debemos ver nuestras incapacidades como disciplinas diseñadas para hacernos más humildes y semejantes a Cristo. También deberíamos darnos cuenta de que mucha gente encuentra gran realización y gozo cuando ministra a otros. Margaret, una amiga cristiana que trabaja en un asilo de ancianos por muy poco dinero, me dijo que lo

hace porque es muy gratificante. Muchas señoras mayores que cuidan a sus esposos enfermos encuentran mucho gozo en su trabajo de amor.

Tal vez una de las razones por las que Jesús dijo en la cruz «tengo sed» era dar a alguien la oportunidad de mostrarle amor. El hombre que empapó la esponja de vinagre y la extendió al Salvador puede haber sentido mucho gozo por poder prestar este pequeño servicio (véase Juan 19:28-30).

LA PLANIFICACIÓN DEL LEGADO

Otro gran cambio se va a producir cuando muramos. Estaremos en nuestro nuevo hogar, ya no vamos a estar aquí para comunicarnos con nuestros amigos y seres queridos. Dejaremos atrás las posesiones terrenales que acumulamos y la influencia que ejercimos. Cuando somos jóvenes, no pensamos mucho

en cómo van a dividir la herencia nuestros seres queridos. Pero puesto que la muerte siempre es una posibilidad inminente, todos nosotros, jóvenes o viejos, deberíamos escribir un testamento o fideicomiso que explique claramente cómo debe manejarse nuestro legado. El cónyuge sobreviviente y los hijos merecen esta protección. Esto es doblemente importante cuando envejecemos.

Desde el punto de vista de la eternidad, por supuesto, el valor de nuestras posesiones terrenales no es ni remotamente tan importante como el impacto espiritual que causamos mientras vivíamos. Eso es algo que todo el mundo debe tener en cuenta firmemente cuando es joven. Conozco padres que tienen un recuerdo maravilloso de hijos o hijas que murieron. Es un hecho que la clase de persona que somos en vida determina la «fragancia» que dejamos

atrás cuando morimos. Pablo utilizó elocuentemente la metáfora de la fragancia:

Mas a Dios gracias, el cual nos lleva siempre en triunfo en Cristo Jesús, y por medio de nosotros manifiesta en todo lugar el olor de su conocimiento. Porque para Dios somos grato olor de Cristo en los que se salvan, y en los que se pierden; a éstos ciertamente olor de muerte para muerte, y a aquellos olor de vida para vida. Y para estas cosas, ¿quién es suficiente?
(2 Corintios 2:14-16).

Su «fragancia» puede quedarse en la tierra mucho después de su partida y le seguirá siempre en las personas glorificadas a quienes influyó el aroma de su vida. Usted se puede preparar para el cambio de influir mientras está en la tierra a influir desde el cielo.

LA EVALUACIÓN DEL DESEMPEÑO

En la tierra, nuestro desempeño lo evalúan nuestros compañeros. Pero cuando lleguemos al cielo, Jesucristo será quien revise nuestro desempeño. «Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo» (2 Corintios 5:10).

Somos salvos por gracia por medio de la fe solamente, pero Dios nunca quiso que esa fe estuviera sola.

No tenemos que temer a este juicio ni preguntarnos si vamos o no a ser condenados. El asunto de la salvación se resolvió cuando creímos en Cristo. En el tribunal se van a

evaluar nuestras vidas. ¿Cómo utilizamos los dones que Dios nos dio? ¿Qué tan bien usamos nuestro tiempo? ¿Con qué fidelidad aprovechamos nuestras oportunidades? Somos salvos por gracia por medio de la fe solamente, pero Dios nunca quiso que esa fe estuviera sola. Espera que nuestra fe se exprese en amor y obediencia. Vamos a recibir alabanzas si trabajamos bien. No recibir alabanzas será una gran pérdida.

***¿Cómo utilizamos
los dones que Dios
nos dio? ¿Qué
tan bien usamos
nuestro tiempo?
¿Con qué fidelidad
aprovechamos
nuestras
oportunidades?***

En 1 Corintios 3:10-15, Pablo describió el estilo de vida cristiano simbolizado por un fundamento, o bien de «oro, plata y piedras preciosas», o «madera, heno y hojarasca». Lo que ponemos en el fundamento será probado por fuego. Vamos a recibir alabanzas de Dios y una recompensa. Por otro lado, si después de aceptar a Cristo vivimos en desobediencia, no recibiremos Sus alabanzas.

Hoy día, muchas veces los cristianos no se toman muy en serio el tribunal de Cristo. En nuestra opulenta sociedad, muchos creyentes quieren lo mejor de los dos mundos. Se engañan aceptando la idea de que unas cuantas recompensas más o menos no son tan importantes. Pero el apóstol Pablo no veía el tribunal de Cristo de esa manera. Inmediatamente después de referirse a nuestra comparecencia a este juicio declaró: «Conociendo, pues, el temor del Señor, persuadimos

a los hombres; pero a Dios le es manifiesto lo que somos . . .» (2 Corintios 5:11). El temor de Pablo de hacer algo que contristara a su Maestro no le permitía ser hipócrita.

Proverbios 16:6 declara:
« . . . con el temor de Jehová
los hombres se apartan del
mal.» *Un adecuado temor al
juicio es un temor que limpia.
Cometemos un grave error
cuando pensamos a la ligera
en esta imponente y
reveladora cita con Dios.*

Aunque nuestra comparecencia al juicio será un acontecimiento que no debemos tomar a la ligera, debemos esperarlo con entusiasmo. Para los obedientes, también será un día de coronación. Nos va a colocar frente a frente con el Salvador a quien hemos amado y adorado. El apóstol Pablo anhelaba ese encuentro porque sería la ocasión en la que recibiría la «corona de justicia», una recompensa que ha sido reservada para «todos

los que aman su venida»
(2 Timoteo 4:8).

***Ver a Cristo y
escucharle decir «bien,
buen siervo y fiel»
será la culminación de
nuestra existencia.***

Nuestro Juez será Aquel que fue a la cruz por nosotros, Aquel que rompió el poder de la muerte por nosotros, Aquel que vive en el cielo como nuestro amigo comprensivo e intercesor. Verlo y escucharle decir «bien, buen siervo y fiel» será la culminación de nuestra existencia.

UN REY PIADOSO QUE NO ACABÓ BIEN

David, el rey de Israel, empezó bien (1 Samuel 16–1 Reyes 2:10; 1 Crónicas 1–29). De niño demostró una arrojada confianza en Dios y dependencia de Él cuando mató a Goliat (1 Samuel 17). Fue un dotado poeta, músico y escritor. El profeta Samuel se refirió a él como un hombre «con el corazón conforme a Dios» (1 Samuel 13:14). En muchas maneras fue un gran rey. Sin embargo, imitó a los reyes paganos tomando muchas esposas. Además, cuanto tenía cincuenta y pico de años, se acarreó una terrible desgracia cuando cometió adulterio con Betsabé y planificó la muerte de su esposo.

Los últimos años de David revelaron que él no acabó bien. Cuando David se enteró de que su hijo Amnón había violado a

su hija Tamar, se enojó, pero aparentemente no hizo nada. Posteriormente, cuando su hijo Absalón mató a Amnón, lloró por la muerte de éste y anheló hablar con Absalón, pero tampoco hizo ningún esfuerzo por ponerse en contacto con su hijo (2 Samuel 13–14). Unos cuantos años después, David ordenó un censo para determinar su fortaleza militar, a pesar de que sabía que Dios había mostrado a su pueblo que no debía confiar en caballos, ni carros ni ejércitos, sino en Él (Deuteronomio 17:15,16). Hasta en su lecho de muerte, David exhibió un espíritu contrario al ideal de Dios de amar a nuestros enemigos cuando instruyó a Salomón que buscara la manera de ejecutar a Joab y a Simei. Aunque tenía el derecho de estar muy angustiado por la maldad de estos hombres, hubiera ejemplificado mucho mejor la alta nota espiritual de algunos de sus salmos si no hubiera pedido venganza.

UN ANTIGUO FARISEO QUE ACABÓ BIEN

Pablo era un fariseo bien instruido y un judío celoso (Hechos 9-28). Debido a su intensa lealtad a la ley mosaica, como él la entendía, odiaba el mensaje del evangelio que proclamaban los cristianos. Aprobó el apedreamiento de Esteban y prosiguió con sus actividades de persecución, pero tuvo una conversión milagrosa cuando Cristo se le apareció. En ese momento dijo: «Señor, ¿qué quieres que yo haga?» (Hechos 9:6). Esa llegó a ser la pasión de su vida.

Pablo sirvió al Señor incansablemente durante más de 30 años sufriendo increíbles dificultades (2 Corintios 11:23-33). Nunca titubeó, ni siquiera cuando otros creyentes lo entendieron mal y lo difamaron (Filipenses 1:14-18).

Por último, Pablo fue arrestado y colocado en el

calabozo mamertino bajo sentencia de muerte, y tal vez lo decapitaron. Sabiendo que su final terrenal estaba cerca escribió:

He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida (2 Timoteo 4:7,8).

Desde el primer día que Pablo creyó en el Señor Jesucristo, vivió una vida ejemplar. ¡No es de extrañar que acabara tan triunfalmente! El apóstol Pablo fue definitivamente alguien de quien podemos decir: «Acabó bien.»

SU PROPIA HISTORIA

Postrado en una cama con cáncer en el cerebro, el congresista de Michigan Paul Henry resumió su condición con las palabras: «Mi andar con Dios continúa.» Poco tiempo después, el Señor encaminó a Paul al cielo. Aunque una muerte lenta y torturadora a causa del cáncer en el cerebro no es una manera fácil de morir, se puede decir que Paul Henry acabó bien. Dejó atrás la fragancia de una fe vibrante y una vida transformada.

Usted también puede acabar bien. Para eso, primero debe cerciorarse de que es miembro de la familia de Dios. Si no lo ha hecho, lo puede hacer admitiendo su pecado, admitiendo su necesidad del perdón de Dios, creyendo lo que la Biblia dice de que Jesús murió por usted y recibéndolo como Salvador (véanse Romanos 3:23; 6:23;

10:9,10,13). Esto lo coloca en el camino correcto, pero es sólo el principio de su jornada.

Si quiere «vivir y morir feliz», como dice el viejo catecismo que estudié cuando niño, debe hacer que el propósito de su vida sea «expresar su gratitud a Dios» por su salvación. Ha de crecer espiritualmente manteniéndose en contacto con Él por medio de la confesión de sus pecados (1 Juan 1:8,9), amando incluso a sus enemigos (Mateo 5:44), y dejando que el Espíritu Santo tome control de su vida para que sea «lleno» de Él (Efesios 5:18-21).

Si sigue este camino como expresión de su gratitud a Dios, acabará bien. ¿Qué más podría alguien desear?